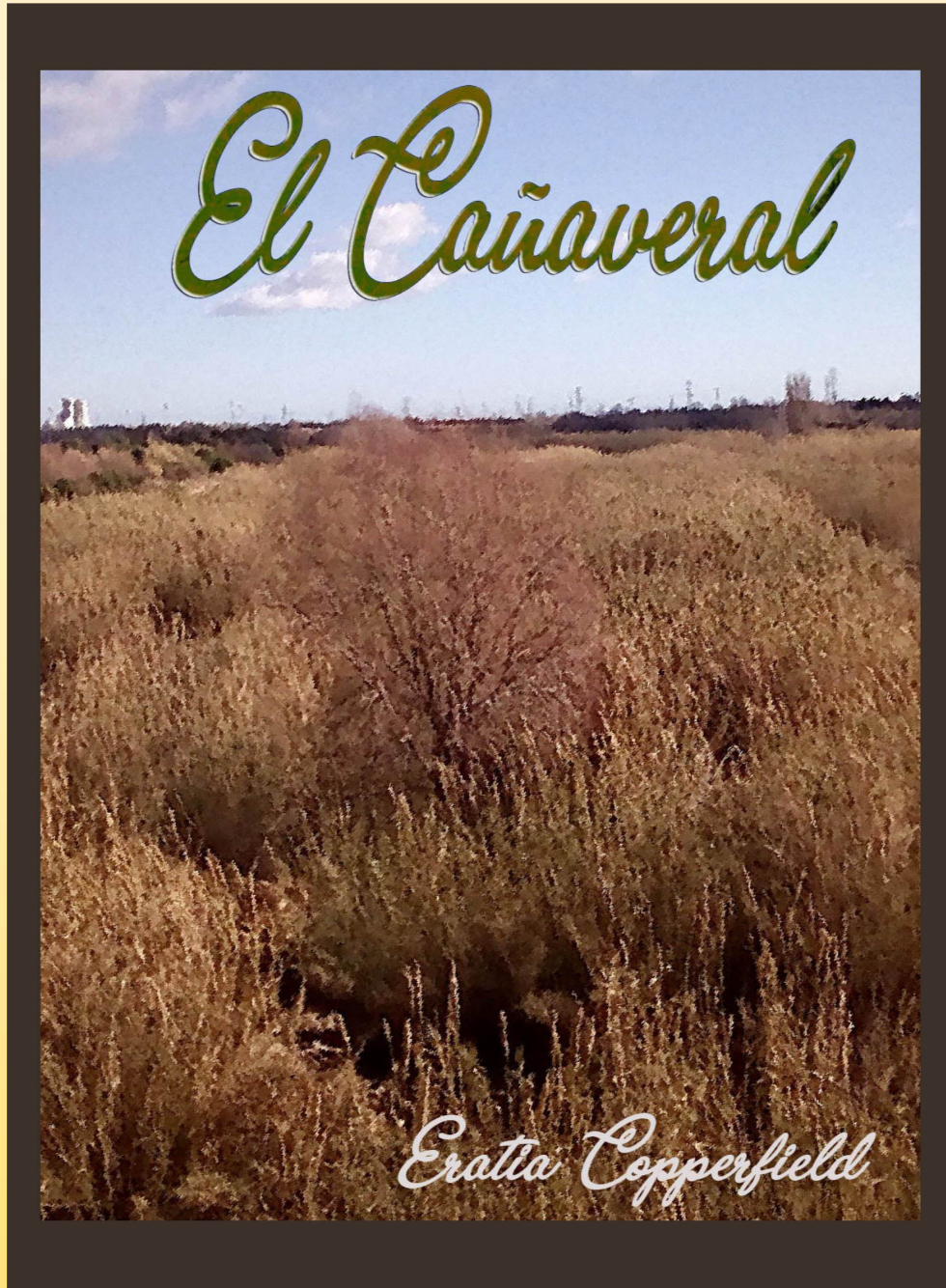


El Cañaveral

Eratia Copperfield



Capítulo 1

Dedicado a mi marido Rafa, mi hijo Adam,
y mis amigas Cornellenses,
Estefanía y Eliudrae, que sufrieron mis desvaríos.
Y, con toda humildad, al maestro Stephen King,
quien no hubiese desdeñado este escenario
para una de sus historias. En cuanto lo vi, pensé en él.

Ilustración/Fotografía: M. Barrachina L.

Capítulo 2

Preámbulo

Preámbulo

La noche es silenciosa en medio de las restricciones que, todo hay que decirlo, sin éxito, intentaban paliar el avance de un caprichoso virus que hacía que las calles de las ciudades y las carreteras que, en una telaraña de alquitrán, gravilla y pintura, entrelaza poblaciones enteras. Por este motivo, nadie presta atención al monovolumen blanco que, con las parpadeantes luces de emergencia activadas, se detiene junto al arcén, del puente elevado sobre el río que, mansamente, transcurre casi oculto por un extenso cañaveral, en una sombra del que, en otro tiempo, fuese un vibrante y caudaloso torrente.

Del vehículo sin logotipos que le identificasen, desciente una mujer de recia constitución, se coloca el grueso anorak de pluma, y se echa la capucha sobre el rostro semioculto por la mascarilla de cincuenta lavados recientemente adquirida. Maldice por lo bajo a causa del frío nocturno que parece atravesar la protección de la prenda de abrigo. Frotándose las manos enguantadas, se dirige a la parte trasera y la abre. Solo una caja de cartón de sesenta por cien, es cuanto ocupa el amplio espacio. Al igual que el híbrido, ningún logotipo la caracteriza de un modo particular. Es tan solo una caja de pardo cartón y cinta de embalar que ella toma con cuidado. Es más pesada de lo que pudiera aparentar a simple vista, y contiene una carga más delicada de lo que su aspecto podía indicar. Ella la alza y acorta la distancia que la separa de la baranda de color verde. Son tan solo unos pocos pasos. Apoya la caja en ella y mira a ambos lados de la Ronda. El confinamiento y el toque de queda, facilitan lo que ha ido a realizar. En ese preciso momento de la madrugada del naciente domingo, el tráfico es casi inexistente. Contempla el paquete un instante, un breve segundo, antes de empujarlo al otro lado, al cañaveral que se extiende a un lado de la corriente y cubre una gran parte del antiguo cauce. Escucha como se quiebran algunas de aquellas cañas bajo el repentino peso que cae sobre ellas, y una sonrisa se dibuja en sus labios, ocultos por la mascarilla. Regresa a su monovolumen, al interior aclimatado, y quita el freno de mano, quita las luces de emergencia y mira por el retrovisor. A lo lejos, distingue las luces largas de un vehículo que

se acerca a su posición. Coloca la primera marcha, y pisa el acelerador para alejarse de allí antes de encender sus focos.

No escuchó el chirriante grito que algo emitió entre las cañas.

Capítulo 3

.1.

Elvira

A Elvira le gustaba llevar a su rottweiler Fredya a pasear por la orilla del río que cruzaba lindaba la ciudad, y Fredya gozaba corriendo en libertad, se internaba en el cañaveral para, a los pocos metros, reaparecer con la lengua colgando y una expresión de extremada felicidad en su canino semblante. Elvira sabía que no debería ir a esas horas, próximas al toque de queda. También sabía que podría tener algún susto al deambular sola por aquel lugar, sin embargo, aquella situación de cierto riesgo, liberaba adrenalina a sus venas tras todo un día de encierro de teletrabajo para la compañía nutricionista que la había contratado poco antes de que comenzase todo aquel desbarajuste de la pandemia.

Ajena a los pensamientos de su humana, Fredya se introducía, como de costumbre, ente las altas cañas, coronadas algunas de ellas, por un lanceado plumón blanco que se agitaba con el aire nocturno.

Elvira la siguió con la luz de la linterna que llevaba consigo en aquellos paseos. La oyó ladrar un par de veces. Ella se tensó. Esperaba que no hubiese descubierto inoportunamente a alguien que hubiese decidido escoger aquel lugar para una fiesta privada. Los sordos gruñidos resultaron todavía más inquietantes. La llamó, para disuadir a quien fuese que estuviera molestando su amiga.

Un angustiado gañido interrumpió su llamada. Elvira corrió hacia el grupo de cañas, preocupada. Si se había encontrado con algún estúpido niño armado...

El haz de luz recorrió el estrecho sendero. Un sonido extraño salió de entre los delgados tallos, y éstos se agitaron con brusquedad.

Aterrada, Elvira aferró la linterna con fuerza. La tierra y las cañas brillaron cuando la luz las bañó por un momento. Un líquido oscuro se deslizaba por algunos tallos que rodeaban la pequeña mancha que había entre ellos.

— ¡Fredya!

Llamó angustiada. Ningún ladrido respondió. Fredya, su amiga, no apareció corriendo juguetona a su llamada. En su lugar, la sobresaltó un crujido a su derecha.

Escuchó su propio sollozo mezclarse con el susurrar de las cañas. Una figura emergió de entre ellas y saltó a su encuentro.

Su grito de terror fue arrancado por los afilados dientes que le atravesaron la garganta, al tiempo que unas agudas uñas traspasaban el grueso anorak y se hundían en sus hombros y su pecho.

La noche, en la orilla del río, continuó silenciosa, con la excepción del murmurar de las cañas y el deslizarse de las aguas que susurraban el secreto que solo se ocultaba entre las cañas.